

Donativos

Pesetas

Habana.—Uno 0'10 pesos; Marcos 0'10;	
Pujal 0'04; M. Alonso 0'20; Tomás 0'03;	
Aller 0'20; E. Trigo 0'50; del Cama-	
güey 1'40; R. Miranda 0'28; M. Carba-	
llo 0'55; D. Ayllon 0'10; Castañeda	
0'03; Marcos 0'10; Peñarroya 0'20; por	
venta 0'34; total 4'17 pesos	21
Baracaldo.—Apolinar Merino 0'50; su	
compañero 0'50	1
Irún.—Eleuterio Pérez	1
Cala.—Félix Hermoso	0'25
Un hijo del planeta Tierra, por los meses	
de marzo, abril y mayo	30
Barcelona.—Francisco Lanau 0'50; J.	
Bos 0'25	1
Sardaña.—F. Brotos	0'10

De la suscripción de Herreros

Baracaldo.—Don Angulo	0'50
Villanueva y Geltrú.—Antonio Soler	0'50
Valladolid.—E. Boal	0'25
Madrid.—Joaquín Abascal	5
Huesca.—Roque y otro	2

La Línea.—G. Al buen fin la buena causa 1'50; N. G. 0'50. 2

Córdoba.—Fernando Sánchez 0'25; Manuel Ruiz 0'2; Rafael Serrano 0'2; F. Martínez 0'25; un sin nombre 0'25 1'25

Barcelona.—Uno de tantos 0'50; Dr. Queraltó 15; por conducto de J. P. 5. 20'50

Total 85'75

Correspondencia administrativa

Tarrasa.—M. T. Recibidas 48 pesetas; para Solidaridad Obrera 14; para Acción Libertaria 10; para Escuela Moderna 4; para Anarquía 3, y por paquetes 17.

Granollers.—E. M. Id. 5 por paquetes.

Habana.—¡Tierra! Id. 61; por folletos 40 y por donativos 21.

Zaragoza.—J. D. Recibida tu liquidación; estamos conformes.

Mar del Plata.—R. M. Id. 91 pesetas; para el periódico 68 y por folletos 23. Escribimos.

Cabarceno.—I. S. Id. 0'60; para folletos 0'50, y para presos 0'10.

Montevideo.—A. T. Id. 100; para La Voz del

Obrero, de Coruña. 10; para Acción Libertaria 20; para El Látigo 15; para Palabra Libre 10; para Solidaridad Obrera 10; para Salud y Fuerza 10; para Escuela Moderna 5, y por paquete 20.

Burgos.—F. M. La dirección que pides es: María Maestro, calle Sadurní. 1.

Baracaldo.—A. G. Id. 6; para Méjico 3; para Angeles Monteseinos 1; por donativo 1'50, y para Herreros 0'50.

Salon.—R. F. Damos por recibidos 3 francos.

Medinasidonia.—J. M. Id. 2 por paquetes. Aportamos a Solidaridad Obrera las 2 á que te refieres.

Bilbao.—T. R. Id. 10 por paquetes.

Panzares.—N. O. Id. 3; para preso 1; para Solidaridad Obrera 1, y por tu suscripción 1.

Villanueva y Geltrú.—A. S. Id. 15'25; para Acción Libertaria 4; para Escuela Moderna 3'50; para Méjico 1'25; para Herreros 0'50, y por paquetes 6.

Benamocarra.—F. E. Id. 2; para nosotros 1, y para Escuela Moderna 1.

Sevilla.—M. S. Id. la suscripción de un trimestre.

Mataró.—J. G. Id. 5; para S. Obrera 1, y por paquetes 4.

Irún.—E. P. Id. 5; por tu suscripción 1; para Solidaridad Obrera 1; para Escuela Moderna 1; para V. García, de Burdeos, por pago de periódicos 1, y por donativo 1. Monteagudo está condenado á seis años en esta cárcel.

Alcalá de Guadaíra.—A. M. Id. 3 por paquetes.

Cala.—F. H. Id. 9; para Acción Libertaria 2; para Solidaridad Obrera 1'25; para Escuela Moderna 2'50; para Méjico 1; para nosotros 1; para folletos 1, y para donativos 0'25.

Alicante.—B. I. Id. 26; para Acción Libertaria 5; para Escuela Moderna 2'50; para La Voz del Cantero 1; para Sánchez Rosa 1'50, y por paquetes 10. El corresponsal de V. adeuda, hasta el número 62, 3'30.

Barcelona.—M. B. Id. 6 por un año suscripción Balboa.—C. L. Id. 3 d llars; 2 para Escuela Moderna y para nosotros 1.

Montilla.—A. R. Id. 5; para Méjico 1, y para paquetes 4.

La Línea.—G. «Al buen fin la buena causa». Id. 25; por paquetes 6; para Solidaridad Obrera 2; para Acción Libertaria 2; para donativos 2; para láminas 11, y para Herreros 2.

Córdoba.—F. S. Id. 25; para Aurora Social 2'50; para Solidaridad Obrera 2'50; para Acción Libertaria 2; por paquetes 16, y para libro 2.

Córdoba.—F. S. Id. 21; para Aurora Social 3; para Solidaridad Obrera de Gijón 3; para Herreros 1'25, y por paquetes 13'75.

Imprenta. Sadurní, 1.—Barcelona.

Para el primer tema del Concurso

Del Comunismo en la Anarquía

De cada uno según sus fuerzas.
A cada uno según sus necesidades.

El anarquismo es, sin disputa, la crítica más formidable que ha podido hacerse al régimen social, político y económico de la época.

Ha señalado todos sus lacras, y puesto de relieve, á la vista de todo el mundo, las causas del malestar social que á todos nos aquejan.

Como consecuencia lógica, el anarquismo ha deducido que si el origen de ese malestar social reside en la autoridad y la explotación del hombre por el hombre, basta para que el bienestar se produzca, la supresión de la autoridad y la desaparición del sistema económico capitalista.

Y los anarquistas nos hemos quedado, todos, ahí.

Al principio nuestra crítica social ha producido un al modo de deslumbramiento. ¡Es verdad!—se ha dicho todo el mundo.

Y el anarquismo adquirió una fuerza, un empuje extraordinario.

No parecía más—tal era el impulso y extensión de nuestras teorías—sino que el mundo se iba á transformar en veinticuatro horas.

El momento catastrófico se aproximaba. Se le veía llegar por segundos.

Después, las reflexiones de unos, las desconfianzas de otros, las ambiciones personales de aquellos, el deseo de mantener privilegios de los demás, iniciaron una labor crítica, no de nuestra crítica—que á eso con mediano acierto no ha llegado nadie—sino á la posibilidad de vivir sin autoridad y sin capitalistas.

La Anarquía fué tildada de utópica.

Los anarquistas se esforzaron vanamente en contrarrestar la versión. Hubo empeño en demostrar la posibilidad, la practicabilidad, de nuestras ideas; mas cuando se nos preguntaba ¿cómo? se cludía—hay que decirlo con entera franqueza—una respuesta categórica.

Nadie dijo: ASI.

Y es que nos tenia atados el concepto marxista del determinismo económico, llevado hasta convertirlo en fatalismo.

Nos olvidamos de que si las leyes económicas son un poder, el hombre inteligente, provisto de ideas, es una fuerza capaz hasta de torcer el curso de las mismas leyes económicas.

Pensamos que bastaba hacer la revolución, derrocar las autoridades y saquear á los capitalistas, dejando para después que las circunstancias nos indicasen lo que era preciso ó conveniente hacer.

Nada de tener un propósito, una idea, un plan general trazado de antemano. Unos, la mayor parte, nos llamábamos comunistas y nos concretábamos á afirmar que después de la caída de la autoridad y de la toma de posesión de la riqueza social por el pueblo alzado en armas, viviríamos en un régimen comunista-anárquico.

¿Cómo?

No podíamos y no sabíamos, y hasta mejor dicho, nos negábamos á decirlo.

Habíamos desacreditado todos los sistemas ó planes sociales de los pensadores anteriores á Marx y Bakounin, considerándolos imposibles, absurdos, utópicos, como si en realidad se hubieran ensayado ya en forma eficiente para poder conocer su ineficacia. Y para evitar que se nos llamara locos, profetas, utopistas, soñadores, adivinos, nos encastijamos en nuestro comunismo sin decir de él más que vaguedades.

Nuestra situación frente á otras agrupaciones de tendencias sociales, era ciertamente de inferioridad. Los otros trazaban más ó menos claramente sus concepciones futuristas y además robustecían con la disciplina autoritaria á sus partidarios que veían después de la revolución, ó del triunfo electoral, á sus jefes resolviendo todas las dificultades, venciendo todos los obstáculos y salvando todas las deficiencias de la nueva situación.

Precisamente lo que ha ocurrido con la revolución francesa, de la que surgíó el mundo burgués sin que de antemano se tuviera una idea clara de él, pero á cuya formación contribuyeron los dirigentes, los jefes, los prohombres de la revolución, los que se adueñaron del poder público. Y así es fácil hacer un mundo nuevo, pero no un mundo anárquico.

Los salvadores, los dirigentes, no tenían entre nosotros cabida, dado nuestro concepto antiautoritario.

Cada uno haría en el momento preciso lo que debería hacer. Y lo firmamos todo á la libre iniciativa individual, sin siquiera orientarla de antemano descubriendo por lo menos qué es lo que cada uno debería hacer; en qué consistía ese deber.

El pueblo, que está un y acostumbrado, demasiado acostumbrado, á que lo manden, á que lo dirijan, al ver que ni tan siquiera teníamos un plan claro de reorganización social é influido por el tildado de utopistas que de todos lados se nos dirigía—ese tildado del cual habíamos puesto tanto empeño en huir—nos volvió la espalda.

La Anarquía es una idea bellísima, pero imposible. Sería necesario que todos fuésemos ángeles—Así nos decían. Y así nos dicen.

De manera que si bien los efectos de nuestra crítica social se han dejado sentir hondamente, inculcando en las muchedumbres animadversión al capitalismo explotador, antipatía á los gobiernos y estableciendo un principio de espíritu solidario entre los hombres de distintas naciones, en cambio la Anarquía en sí, no ha continuado progresando en la medida que en los primeros tiempos de su propagación se presentía.

Y es que todo lo que de concretos y categóricos tenemos en la crítica al régimen, lo tenemos de vaguedad en cuanto al futuro.

Hasta aquí no queda dicho nada que sea una novedad. Pocos anarquistas serán los que no se hayan hecho estas ó muy parecidas reflexiones. En cambio ninguno se resuelve á subsanar la deficiencia esbozando la sociedad futura en forma lo suficientemente clara para que sea asequible á todas las inteligencias.

No basta rearguir que no siendo en general ni buenos ni malos los hombres, sino tal y como las circunstancias los determinan, basta la transformación social que se producirá una vez desaparecida la autoridad y la propiedad capitalista para que los modos de obrar sean, como seguramente serán, muy distintos á los de hoy, para poder así demostrar la practicabilidad de la Anarquía.

Ni tampoco la demostración del fracaso de las colonias comunistas que á guisa de ensayo se han establecido en distintos parajes y ocasiones, siempre con éxito desafortunado por la influencia nefasta del medio ambiente que las rodea y del que ha sido imposible desligarlas, es suficiente argumento para dar ya como absurdo el comunismo, así como se han considerado absurdas las concepciones de Fourier y Saint Simon.

El comunismo ha existido. Lo han practicado ampliamente los indios del imperio peruano destruido por los conquistadores españoles.

En Europa existen aun vestigios del comunismo, principalmente en las regiones agrícolas de casi todos los países.

Una serie de revoluciones ó sublevaciones de campesinos se han producido durante la Edad Media y parte de la Moderna, tras de la implantación del comunismo, habiéndose logrado su implantación en parte de la región alemana durante un pequeño periodo de tiempo.

El comunismo bien puede decirse igualmente que se practica en los cuarteles, los conventos y las prisiones.

Pero en todos estos casos se trata de un comunismo autoritario, un comunismo que en unas ocasiones está en pugna abierta con las naturalezas de los hombres, tan varias, tan de opuestas gustos y tendencias, y en todos tiene la agravante de la opresión de la autoridad que, ó bien impone ese comunismo hasta un grado exagerado—en cuarteles, prisiones y conventos—ó bien veja á los productores y vive fuera del comunismo mismo y á expensas de los comunistas, tal cual en el caso del imperio peruano de los incas y en el de la región alemana que más arriba citamos.

El comunismo anárquico no tiene—que sepamos al menos—antecedentes históricos.

He ahí la verdadera dificultad para teorizar sobre esto con algún fundamento material, con base de alguna consistencia.

Y sin embargo, es necesario hacerlo por el progreso de nuestras ideas y para el triunfo definitivo de ellas.

Desgraciadamente no se ve en el mundo anarquista el hombre genial que con algún acierto pueda realizar esta obra.

De día en día, los elementos intelectuales se han ido separando de nuestras filas, ora por el concepto estrecho de clase que se ha infiltrado en el anarquismo y que ha servido para hostilizar á los obreros manuales, concepto que principalmente se ha arraigado por la desconfianza que en los trabajadores se ha sembrado hacia todos los que no tienen callosas las manos, haciéndoles creer que todos estos no buscaban más que encumbrarse sobre sus espaldas y con lo cual se ha dejado abierto el camino para que se encumbren sus propios compañeros de trabajo, más ó menos intelectualizados, ora porque las necesidades apremiantes de la vida han obligado á esos intelectuales á incorporarse á las filas burguesas, en las que á trueque de algunas genuflexiones y un poco de acomodamiento, lograron relativo bienestar económico y cierto vanaglorioso renombre.

Y dicho sea de paso, si esa desconfianza la tuviesen los trabajadores para el que les pidiera algo, ya el peticionario fuese intelectual ó no, sería mucho mejor.

El caso es, diríamos después de este paréntesis, que escaseando hoy los intelectuales en el campo anárquico y estando desgraciadamente no muy lejano el día en que desaparezcan las tres ó cuatro grandes figuras del pensamiento anarquista, sin que los sucesores se vislumbren por parte alguna, nos hallamos con pocas esperanzas de que la labor desmenuzadora de los Bakunin y Kropotkin sea continuada en su faz creadora por nadie,

salvo que algún obrero manual—única clase á que va quedando reducido el anarquismo—sea capaz de llevar á cabo la magna obra. Esto es difícil porque los trabajadores ni tienen tiempo para pensar en tan árduo problema, ni poseen la cultura intelectual necesaria para realizar esto, ni es fácil que entre ellos, hijos de obreros, nietos de esclavos, descendientes de generaciones y generaciones de analfabetos, en cuyas la evolución cerebral ha sido lentísima, pueda surgir el hombre capaz de trazar una guía para el porvenir. Es difícil, repetimos, pero no imposible del todo y pueda ser que surja de ellos el Kropotkin de la sociedad futura, el Marx creador, el Proudhon restaurador.

Precisamente á provocar esa aparición tienden estas líneas, más que no á definir uno de los temas del concurso organizado por los compañeros de Panamá.

El punto es digno de estudio; merece que se piense sobre él de una manera seria y constante, para que á quien algo se le ocurra al respecto lo exponga. Pueda ser que así se llegue á lo que es una necesidad; de imprescindible necesidad.

Creemos haber demostrado fundadamente esa necesidad, llevando al período lo que es un pensamiento de todos, pensamiento que por lo común nadie se resuelve á trasladarlo al papel por cierto temor á ser criticado.

¿Es ó no conveniente para el progreso del anarquismo tener una concepción clara de lo que es el comunismo anárquico?

Los que opinen que sí, deben meditar sobre el particular.

Los que creen que no, pueden dejar tranquilamente que el anarquismo desaparezca como conjunto de doctrinas, absorbido por socialistas y sindicalistas.

Las convicciones se demuestran con el ejemplo.

Por eso quien escribe estas líneas, convencido como está de la necesidad ineludible y vital de que hace falta esbozar el comunismo anárquico, ha resuelto aprovechar el concurso abierto en estas columnas para verter su pensamiento, principalmente sobre la necesidad que cree hay de ello, y para al animarse á bosquejar el funcionamiento de la sociedad en un régimen comunista anárquico, provocar comentarios, rectificaciones, ampliaciones, el estudio del tema en una palabra y la exposición del pensamiento de otros compañeros sobre él.

Los sindicalistas ven en las actuales asociaciones obreras, las líneas generales de la sociedad futura. Entre ellos hay algunos que prestigian las cooperativas como un adiestramiento de los trabajadores para la distribución de los consumos, y como un ensayo para reemplazar á los comercios de hoy.

Opinan que á todo órgano defectuoso ó perjudicial debe reemplazar un nuevo organismo y creen no es posible la sustitución del uno sin que ya exista el otro.

Así, dicen, obró la burguesía, y así debe obrar el proletariado.

Para nosotros esto no es admisible.

Las sociedades obreras de hoy, tienen, quírase que no, un carácter autoritario. Por mucho que se democratizan, siempre conservarán un dejo de autoritarismo. Y una sociedad humana fundada en ellas, será autoritaria, y por lo tanto, no anarquista.

La complejidad de la vida civilizada, hace necesarias las especializaciones, y ese propósito de adiestrar trabajadores para la administración de la producción y el consumo es inútil, desde que hay ya un enorme número de asalariados con capacidad suficiente para el caso. Ahí están los dependientes de toda clase comercios. Además esa tendencia administrativa tiene un carácter poco comunista, y aun menos anárquico. Señala de antemano un propósito distributivo con su cuenta y razón, en mucho parecido al sistema actual.

No es, pues, en el sindicalismo, arma de lucha y medio de propaganda, en donde hemos de hallar el bosquejo de nuestra sociedad futura.

En el fondo, el sindicalismo es, en cuanto al porvenir se refiere, en un todo similar al socialismo de Estado.

Nada hallamos en él que pueda servir de base al comunismo anárquico.

Entendemos que hay que dejar la sociedad para que pueda funcionar bien organizada, en forma muy parecida á la de hoy.

Conviene no chocar con las costumbres, cuya transformación es lenta y no cabe hacerla de golpe, aprovechando en cambio de ellas todo lo que tienen de independencia, de libertad, de comodidades.

Los revolucionarios, después de derrocar á las autoridades, necesitan volver á las tareas de la producción, ocupando cada uno su puesto en el mismo taller, fábrica, campo de cultivo, comercio, etc., en que estaba antes.

El propósito de los revolucionarios debería ser que no se interrumpiese ni por un momento el trabajo, y á fin de que en éste se sienta la mejora del nuevo régimen, en cada lugar de producción se debería reducir la jornada de trabajo más ó

menos á la mitad de la actual, dando cabida en los talleres á los desocupados que había antes del alzamiento revolucionario y á los muchos individuos sin profesión que quedarían desocupados después de la revolución.

Esto no sería óbice para que unos trabajasen más horas y otros menos, ni para que cambiasen de establecimiento los que quisieran.

Y si esto debe ocurrir en cuanto á los centros de trabajo, lo mismo deberá hacerse en los establecimientos comerciales, cuyos dependientes deberán seguir atendiendo á los consumidores, pidiendo á los centros de producción lo que se agote, tal cual hacen hoy.

Debe todo seguir en la misma forma actual, aprovechándose las ventajas que la multiplicación de las casas de comercio da á los compradores, y que en balde sería querer reemplazar con almacenes comunistas que centralizarían sin ventaja los productos. Los dependientes serían así unos cuidadores de la producción y asegurarían su distribución: pidiendo con tiempo á las fábricas todo lo necesario para el consumo, exactamente como hoy se hace.

Se trata solamente de la no utilización del dinero, ni para adquirir lo necesario ni para retribuir el trabajo.

Cada grupo de obreros puede entre sí, igual que cada grupo de dependientes, organizar sus tareas en la forma que más oportuno crea, y las relaciones entre unos y otros normalizará en todo tiempo la producción y el abastecimiento.

Igual podemos decir de los servicios del transporte y de todos aquellos que hoy se llaman públicos por estar á cargo de corporaciones oficiales.

Esos servicios requieren la atención de obreros y técnicos y ellos que son por lo tanto quienes lo hacen, han de continuar su tarea organizándolos de la manera que más adecuado crean.

No es probable que los hombres de hoy dedicados á ciertas tareas ingratas, las abandonen mañana, habituados como están á ellas y cuanto que entonces en vez de la remuneración exigua de ahora, tendrán á su disposición todo lo que necesitan para su vida y podrán realizarlas de menos penosa manera con la ayuda de los sin oficio y quienes precisamente tan sólo podrán dedicar sus energías á esas profesiones cuya simplicidad las hace asequibles á todos.

Pero aunque se diera el caso de un abandono de ellas, lo necesarias que son influiría en el ánimo de todos para buscar el medio de reemplazarlos, así como para procurar la manera de que fuesen menos desagradables.

Los diarios servirían para apuntar deficiencias y remedios, así como para convocar Asambleas de técnicos ó de oficio ó de cualquier otra especie en las que se discutirían proyectos y se tomarían resoluciones, no obligatorias para los demás, sino para ser realizadas por quienes buenas las considerasen.

En realidad no creemos necesaria esa creación de unos órganos para reemplazar á los actuales. Todo lo que existe sirve y no hay más que utilizarlo prescindiendo de la autoridad y del dinero, únicas cosas que es imprescindible abolir.

Podríamos resumir todo esto así:

«Toma de posesión de talleres, fábricas, casas de comercio, minas, transportes, campos de cultivo, etc., por sus actuales obreros, empleados y técnicos.»

Incorporación de los sin trabajo y excedentes por abolición de oficinas, empleos públicos, etc., á los grupos de trabajadores.

Organización de cada centro de trabajo por sus propios obreros.

Reemplazo de los patronos por sus propios asalariados.

Supresión del uso del dinero y de todo principio de autoridad.

Abastecimiento y trabajo libres, en una palabra.»

Todo lo que se espere de comités, de centros organizadores, de organismos que nos den la pauta de lo que hemos de hacer, es perjudicial y no servirá más que para dar pie á la formación de nuevos gobiernos.

Ni hay que contar, ni que distribuir. Hay que trabajar únicamente.

Y es lo que hace falta inculcar en el cerebro de todos, para que concluida la revolución cada uno reconciene sus tareas, sin más preocupaciones ni propósitos.

Sólo así la revolución será fructífera y sólo así se podrá cimentar el comunismo anárquico, que precisamente en los primeros días es cuando correrá un serio riesgo.

Después la práctica irá reformando todo esto, simplificándolo, pero mientras tanto se habrá asegurado la libertad é independencia de cada uno y hecho factible el lema de «A cada uno según sus necesidades. De cada uno según sus fuerzas.»

Sirvan estas líneas de tema de estudio á mis compañeros de todo el mundo, por cuanto que si nada de nuevo encierran, por lo menos tocan un punto que es necesario dilucidar.

EDUARDO G. GILIMÓN